

Bogotá, Febrero 25 de 1910
Sr. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—E. L. C.

Habiendo terminado mis estudios de Jurisprudencia, me veo en la penosa necesidad de presentar á S. S. mi renuncia del puesto de Ayudante de los Inspectores del Colegio.

Doy á S. S. las gracias por la distinción que me hizo al elevarme á ese honorífico cargo, y aprovecho la oportunidad para ponerme á las órdenes de S. S.

RÓMULO ESCOBEDO

MONOGRAFÍAS HISTORIALES

INTRODUCCION

Hay varias maneras de escribir la historia de una nación: 1.º La que se encamina á instruir someramente á los niños en los hechos culminantes que han tenido lugar en su patria, que después servirán de guía á estudios más serios; 2.º La historia completa, extensa, explicada, narrativa, pero sin demasiados pormenores, de cuantos acontecimientos han influido en la formación de la nación, en su política, literatura, ciencias y artes; 3.º Cuando el escritor, dejando á un lado los acontecimientos de menor cuantía, se concreta á estudiar la historia de un lugar determinado ó de señalada época con lujo de detalles, para lo cual ha hecho estudios especiales, género de escritos que se titulan MONOGRAFÍAS.

Ya en diferentes años de mi vida he publicado estudios históricos de distintos géneros, los cuales han tenido acogida entre mis compatriotas. Hoy presento una serie de MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS, sobre asuntos quizás poco conocidos en sus pormenores, porque han llamado menos la atención á otros historiadores, y por consiguiente no las han relatado con suficientes pormenores.

Esta obra será una corta serie de cuadros descriptivos de diversas épocas de la Historia de Colombia; acerca de cuyos pormenores he podido reunir el mayor número de datos especiales de cada uno de los períodos más ó menos largos que deben formar el cuadro dentro del cual se hará la relación de acontecimientos especiales que llaman la atención, porque pintan los sitios y los sucesos que tuvieron lugar durante cierto espacio de tiempo. No serán cuadros de enseñanza, sino narrativos, procurando que el estilo sea lo más ameno que se pueda, sin faltar un ápice á la verdad histórica.

I

El Cabo de la Vela

Al fin del siglo XV España era indudablemente el país más adelantado, la nación más rica, más influyente y más poderosa de Europa; riqueza, influencia y poderío que dos siglos más tarde se vio arrebatar casi por completo, y sobre todo en los mares la rivalizó Inglaterra, su constante enemiga. Por ahora no entraremos á indagar el motivo de aquella decadencia, cuestión que con tanto empeño se ha debatido entre los partidarios y los enemigos de España, y que en realidad tiene tantas fases. Sin embargo, ya no queda duda de que la causa principal de aquella decadencia se puede asegurar que consistió en los esfuerzos que hizo para conquistar y colonizar sus posesiones en América. Antes del Descubrimiento del Nuevo Mundo España era una nación guerrera, parca, amante de las ciencias y de las letras, y se hallaba á la cabeza de la civilización de su época (1). Tan avanzado estaba su comercio, que más que en ninguna otra nación se veían sus puertos repletos de buques mercantes que llevaban á todas las naciones del mun-

(1) No bien se descubrió el arte de imprimir, España lo acogió con tan singular entusiasmo, que en tanto que se ignoraba todavía en otras partes de Europa, en gran número de ciudades de la Península ya se imprimían libros.

do los frutos y los productos de las industrias hispánicas. La explotación de sus minas era una de las fuentes de su riqueza, y exportaba á otros países los tejidos de lana que fabricaba en el país: sus vinos, aceites, frutas secas; las armas de Toledo se usaban en Italia, Francia, Inglaterra, etc. Empleábanse diez mil obreros nada más que en los tejidos de seda. De Barcelona llevaban bellísimos cristales, de Valladolid joyas de oro y plata, de Valencia sus renombrados paños. Las Provincias de Zaragoza y parte de las Castillas se veían cubiertas de labranzas, y de los reinos de Granada exportaban azúcar que elaboraban en sus ingenios; azúcar que empleaban en todo Europa para endulzar los medicamentos y las drogas, pues entonces ésta no se empleaba en la repostería, para la cual sólo usaban la miel de abejas (1).

¿Y qué diremos de sus famosísimas Universidades? Las de Salamanca, Barcelona, Alcalá, etc., eran el lugar de cita de los estudiantes de Europa entera, pues la lengua castellana se habló durante dos siglos en todas las Cortes europeas, como ahora la francesa y pronto será la inglesa, ó quizás el esperanto cuya influencia crece. La Corte de los Reyes Católicos era la norma y el ejemplo de todas las demás, por ser la más pulida y la más elegante del mundo. Los arquitectos peninsulares tenían gran fama en todo Europa; las obras de ingeniería eran renombradas; los nobles vivían como verdaderos magnates; el pueblo poseía comodidades superiores á sus vecinos, porque abundaban los vestidos baratos y alimentos sanos; nadie carecía de pan, porque éste se ganaba con facilidad; no se veían mendigos en calles y plazas, como sucede ahora, ni gente vaga y sin oficio en los caminos y poblaciones, y esto á pesar de las guerras con los árabes que tenían lugar continuamente en la Península, hasta que fueron arrojados de sus ventajosas posiciones.

(1) No fue sino más tarde cuando se cultivó la caña de azúcar en las Antillas, y se usó ésta para la repostería.

En el último año del siglo XV no había empezado todavía la corriente de emigración hacia el Nuevo Mundo, emigración que debería dejar exhausta la Madre Patria, la cual, como el pelícano de la fábula, daría su sangre para alimentar á sus hijos. Aún causaban temores los peligros del Océano y no se arriesgaban á pasarle sino los soldados de más pujanza, los aventureros más atrevidos; aún no se habían despoblado las fértiles Provincias de Andalucía y de Castilla, dejando yermos los campos, abandonada la agricultura, desamparados los talleres, con el objeto de lanzarse á buscar oro en el mundo descubierto por Colón, como sucedió desde el principio del siglo XVI.

Los peninsulares aguardaban noticias más seguras antes de aventurarse, pero acogían con entusiasmo los relatos, exagerados muchas veces, de las riquezas de las maravillosas Indias.

Entre los jóvenes hidalgos y pobres, de esos militares que habían hecho sus primeras armas en las campañas contra los árabes y que sentían henchirse el corazón con una loca ambición de riquezas y de honores, el más audaz de todos era indudablemente *Alonso de Ojeda*.

Protegiólo el Obispo de Palencia y Patriarca de las Indias, D. Juan Rodríguez de Fonseca, quien le había conseguido puesto entre los aventureros militares que acompañaron á Colón en su segundo viaje á las Antillas, y con el gran Descubridor aprendió á conocer prácticamente á los indígenas de la Española. Cuando regresó á España obtuvo de su protector permiso de los Reyes Católicos para ir á descubrir por su cuenta tierras ignotas en la Tierra Firme, visitada ya por Cristóbal Colón. Para facilitar la expedición se le dieron subrepticamente los itinerarios de Colón, sin los cuales hubiera sido difícil hacer rumbo hacia las costas de Venezuela. A pesar de estas facilidades Ojeda logró que el famoso piloto Juan de la Cosa (que había sido Capitán de la carabela *Santa Marta* en la expedición Descubridora de Colón), también hiciese parte de la empresa, como Piloto Mayor de la flotilla.

Importantísimo era por cierto conseguir el auxilio de Juan de la Cosa; marino versado en la ciencia náutica, y reconocido como tal en España (1), estaba entonces en todo el vigor de la edad viril, pues no había cumplido cuarenta años, aunque ya era reconocido como un sabio en España y considerado en Santoña (2), en donde había nacido, como el hombre más importante de aquella población.

Cuando Ojeda contrató á la Cosa para que tomase parte en la expedición, éste acababa de regresar del Nuevo Mundo, á donde había acompañado á Colón en su tercer viaje, durante el cual descubrió la Tierra Firme; y á ésta debería guiar la expedición de Ojeda.

I

La flotilla de Alonso de Ojeda se componía de cuatro buques bien acondicionados y pertrechados abundantemente por los mercaderes de Sevilla, que habían tomado parte en la empresa, como negocio mercantil. Uno de los principales comerciantes de Sevilla era un italiano, florentino, en cuya casa estaba empleado un navegante, cartó-

(1) Como cartógrafo, su nombre se ha hecho inmortal por el único mapamundi que se conserva de ese tiempo, obra suya de gran valor científico, porque representa lo que se conocía de geografía en el primer año del siglo XVI, año en que fue construido. Vímosle en la Exposición que tuvo lugar en Madrid en 1892, considerándose como una de las principales curiosidades que se exhibieron durante las fiestas que tuvieron lugar en España para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Al examinar el mapa de la Cosa notámos que además de las costas de Venezuela y la Goajira, también veíanse delineadas las de Cartagena y el Golfo de Urabá. ¿Cómo podía conocerlas cuando en 1500 aún no las había visitado? Una de dos, ó el mapa no fue delineado en 1500—como está apuntado—ó otro marino había recorrido esas costas y dado á la Cosa noticia de ellas—y entonces Ojeda no fue el primer descubridor de Colombia,—ó su viaje no tuvo lugar en 1499 sino antes de esa fecha.

(2) Puerto de mar, famoso en la Edad Media, situado en la Provincia de Santander. Posee edificios importantes y un barrio que se llama *Juan de la Cosa*.

grafo de mérito, llamado Alberico ó Américo Vespucio. Pero dicha casa de comercio claudicó en los días en que Ojeda preparaba su expedición, y Vespucio se encontraba sin empleo, de manera que no tuvo inconveniente en aceptar también uno en la expedición de Ojeda, no como marino ni corógrafo, como se ha dicho, sino como uno de los muchos aficionados á viajes, que entonces se embarcaban en las flotas que hacían rumbo á las Indias.

Pero si Américo Vespucio no era sujeto de importancia en la expedición, á él debemos la relación que escribió de aquel viaje. Este es el primero de los cuatro viajes que publicó después, y por ellos se bautizó con el nombre de este italiano, tan poco merecedor de ello, una parte del mundo.

La expedición de Alonso de Ojeda salió de Sevilla el 20 de Mayo de 1499, y atravesó el Océano en veintisiete días, lo cual se consideró como viaje muy feliz (1).

Como de la Cosa acababa de acompañar á Colón en su último viaje de descubrimiento, se dirigió á las costas de Paria, que ya había visitado, pero continuó por el litoral desconocido ya por él, en busca de nuevas tierras. Habiendo tenido que detenerse en las costas de Maracapana para carenar las embarcaciones comidas por la *broma*, Américo Vespucio aprovechó esa circunstancia para estudiar las costumbres de los aborígenes de aquellas partes, y además construyó planos del litoral que han servido á la historia de la geografía de aquel tiempo (2).

(1) W. Irving dice que sólo gastaron veinticuatro días, del 20 de Mayo al 12 de Junio, día en que llegaron á Surinam.

(2) No hay documentos verídicos que demuestren que Américo Vespucio hiciese otros viajes después de aquél, pero como el Rey de España le nombró, á su regreso, Piloto Mayor de las Armadas reales, con asiento en Sevilla, lo que le obligaba á comunicarse con todos los navegantes que de la Península salían. Américo se proponía ganar fama escribiendo viajes hechos por otros, fingiendo ser suyos, y con un fondo de verdad que engañó á sus contemporáneos así como á los que le

Pero nuestro propósito es ocuparnos del viaje de Ojeda nada más que en lo concerniente á las costas de Colombia que descubrió, y no en lo tocante á Venezuela. Costeando ésta, atravesaron por frente á la laguna de Maracaibo, que los indios llamaban de Coquibacoa, y fueron á detenerse en la Península de la *Goajira*. Pasaron por frente de los puertos de Cojoro y Espada, descabezaron el Cabo de Chichibacoa—llamado así por el Cacique que imperaba en esos parajes,—y á pesar de que les pareció hermoso el litoral, no desembocaron en la ensenada llamada después Bahiahonda (cuya entrada mide cinco kilómetros de anchura), sino que continuaron costeando hasta que veinte millas más lejos vieron blanquear una punta de la costa que parecía la VELA de un navío. Acercáronse á ese punto y notaron que entre un islote estéril, batido reciamente por las olas, y la tierra firme, dormía una hermosa bahía, segura y tranquila, cuyas playas arenosas ofrecían cómodo lecho para carenar los buques, descansar algunos días y, según creyeron, renovar su provisión de agua, pero en esto debieron de equivocarse, porque allí no existen aguas dulces y vivas (1). Además, los aborígenes parecían indómitos é inhospitalarios, y lo peor de todo, no hallaron rastros de oro y de perlas.

leyeron después. Dichos viajes llevan el siguiente encabezamiento: *Excursiones á los Mundos Nuevos de América*, y de allí provino el nombre de *América* que se dio al Nuevo Mundo, aunque hay eruditos modernos que hacen derivar la palabra América de una cadena de cerros en Centroamérica que los indígenas llamaban *Amerrica* ó *Americ*. Dicen los mencionados eruditos que probablemente cuando los compañeros de Colón, en su cuarto viaje, regresaron á España hablarían de aquellas tierras nuevas con el nombre que les daban los indígenas. Otros también han derivado el nombre de América de la palabra sagrada de los peruanos *A marca*.

(1) Los habitantes del litoral se proveen de agua potable por medio de pozos artificiales que llaman *jaqueses*.

En el itinerario del viaje dicen que llamaron aquel lugar CABO DE LA VELA, pero que no permanecieron allí sino poco tiempo, porque habiéndoseles agotado las provisiones resolvieron abandonar por entonces la empresa y pasar á la Isla Española, en donde pudieran remediar sus urgentes necesidades.

Acaso podríamos hallar la resolución del problema del *mapamundi* de Ojeda, que en 1500 delineaba las costas de Colombia hasta el Golfo de Urabá, con que las hubiese visitado Ojeda en aquella expedición, si supiéramos que la Cosa talvez no acompañó á Ojeda á la Española aquella vez, sino que continuó costeando en alguna de las embarcaciones de la flotilla por su cuenta, y de allí se devolviera á España, á donde llegó en Junio de 1500, año en que terminó el mapa que antes hemos mencionado en una nota.

Ojeda desembarcó en Jaragua (Haití) el 5 de Septiembre de 1499, de manera que gastó en aquella expedición descubridora solamente cuatro meses, lo que parece muy poco tiempo, mientras que Juan de la Cosa no regresó á España sino nueve meses después, sin que sepamos en qué ocupó todo aquel tiempo.

II

La magnífica península de La Goajira se encuentra hoy día mucho menos poblada que en la época en que Ojeda la descubrió, hace más de cuatro siglos, puesto que de los cuatrocientos mil hombres que se dijo la habitaban en tiempo de la conquista, se considera hoy que no han quedado sino nueve mil indios puros, la mayor parte de ellos alejados de toda ley cristiana.

A principios del siglo XVI, cuando lo visitaron por primera vez hombres blancos, los cronistas llaman á los habitantes de la península *guayús*, y sin duda andando el tiempo la palabra *guayús* se convirtió en *goajiro*.

El Ilmo. Sr. Rafael Celedón, Obispo de Santamarta, que murió desgraciadamente no hace mucho, que era no

solamente sabio misionero sino inspirado poeta, estudió aquellos indígenas con singular cuidado y perspicacia, con el objeto de cristianizarlos (1), y en unión del Dr. Ezequiel Uricoechea, escribió una gramática de la lengua goajira.

Al estudiar á fondo aquella lengua el sabio Obispo encontró, con gran sorpresa suya, que contenía muchas palabras griegas—que cita en su artículo—y además demuestra que aquellos indígenas eran ó pertenecían á una raza diferente de la de sus vecinos. ¿ Este descubrimiento extraordinario no sería acaso un dato más para creer que en época prehistórica, quizás cuando desapareció la Atlántida en algún espantoso cataclismo, los habitantes que sobrevivieron poblaron la tierra firme que distaba poco de aquella misteriosa isla? Los habitantes de la Atlántida debieron ser griegos de origen y con ese motivo los pobladores de la Goajira conservarían un fondo de la lengua de sus antepasados. El Sr. Ernesto Restrepo (2), no sé con qué fundamento, dice que cuando la feroz raza caribe invadió las costas del mar llamado Caribe, los anteriores habitantes de la Península Goajira se retiraron aterrados á las montañas (por consiguiente no debieron mezclarse con los invasores), y que según Fr. Pedro Simón tenían lengua diferente de la de los pobladores de las tierras bajas de aquel país.

Como ya lo hemos dicho en otra parte (3), los pobladores de la Goajira son pequeños de cuerpo, de color cetrino, cara ancha y aspecto inteligente, y sus mujeres bien parecidas. Los habitantes de la Península se dividen en dos razas diferentes: los *arhuacos* y los *goajiros*. En poco se

(1) Véase el estudio que hizo de las lenguas de los indígenas de la Goajira en la *Collection Linguistique americaine*, obra interesantísima, publicada en 1878 en la Casa editorial de Marisonneuve et C.^o, de París.

(2) Véase *Las invasiones caribes* por E. Restrepo Tirado. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Tomo II, pág. 196.

(3) *Los aborígenes de Colombia*. Memoria presentada en el Congreso de americanistas en Huelva en 1892 por la autora de este artículo.

asemeja la una á la otra : los *arhuacos* son por lo general sedentarios y agricultores, indómitos y belicosos los *goajiros*; sumiso el de raza arhuaca hasta la ahyección y amante de la paz, en tanto que el goajiro es violento y orgulloso, es también hospitalario y generoso cuando quiere, en tanto que el arhuaco es siempre cobarde y miserable.

Los goajiros en la época de la conquista eran menos atrasados que sus vecinos; cultivaban el algodón y tejían telas que pintaban con colores vivos é indelebles; hacían adornos primorosos con las plumas de la aves de sus bosques; no eran antropófagos, y por consiguiente como no temían envenenar su alimento, usaban flechas que inficionaban con venenos; no se les conoció religión ninguna, sino ciertas supersticiones que les guiaban en sus guerras. Contaban por el sistema decimal; jamás perdonaban una ofensa, pero tampoco olvidaban un beneficio. Cometían durante sus borracheras las crueldades más inhumanas y eran crueles con sus mujeres, como todos los salvajes.

El territorio goajiro mide cerca de trescientos miriámetros cuadrados de superficie. Con algunas excepciones, la Península es fértil en donde hay agua, y árida en donde no la hay, y en casi todas partes el clima es malsano en las cercanías del mar y de las lagunas. En sus llanos se crían ganados excelentes porque no los persiguen los insectos (*nuches*), como sucede en las tierras calientes de toda América. En las selvas del interior, según la altura, palmas, maderas de tinte, de construcción y bejucos y mimbres para amarras, y cultivaban los habitantes maíz, ñame y varias frutas del país, á lo cual hoy día se añade la caña de azúcar, el plátano, la patilla, el melón, el naranjo, llevados de otras partes (1).

(1) En aquellas sabanas y faldas de los cerros en donde hay aguas corrientes podrían cultivarse enormes hatos de ganados mayores y menores si los goajiros se acabaran de civilizar y no hicieran la guerra al hombre blanco. A pesar del estado de semisalvajismo de los habitantes de la Península, ahora algunos años se exportaron en pocos meses, por

No bien regresó Juan de la Cosa á España cuando se relacionó con un escribano de Sevilla llamado Rodrigo de Bastidas, contagiado éste, como la mayor parte de sus compatriotas, por la sed de oro y el amor á aventuras arriesgadas al Nuevo Mundo. A pesar de su pacífica profesión. Hallábase enardecido por las relaciones de los viajeros, sin duda exageradas, de manera que resolvió emprender por su cuenta una expedición descubridora á Tierra Firme, y obtuvo licencia para ello, en compañía con Juan de la Cosa y Juan de Ledesma, comerciante de Sevilla. Esto nos afirma más en la creencia de que ya Juan de la Cosa había recorrido —aunque sin licencia— aquel litoral que señala en su *mapamundi*.

La expedición de Bastidas zarpó del Puerto de Cádiz en Enero de 1501 (1), atravesó el Océano sin novedad, exploró las costas de Venezuela á pesar de la prohibición que tenían de arribar á lugares descubiertos antes por otros, rescató dícese, bastante oro y perlas de los habitantes de aquellos litorales, con muy buena suerte, dice el Padre Simón, pero sin dar en todo este viaje enojo, ni asediar á ningún indio." Arribaron á su tiempo al CABO DE LA VELA, en donde se detuvieron poco y continuaron su expedición

más de un millón de duros, solamente ganados, mulas, caballos, cueros y maderas. Con razón Venezuela nos ha disputado parte de esa región privilegiada, á pesar del Laudo ejecutoriado pronunciado por el Rey de España. Allí, más que en ninguna otra parte de nuestro territorio, sería conveniente atraer emigración europea y protegerla particularmente.

(1) W. Irving apunta que la expedición salió en 1500 en el mes de Octubre y lo mismo dicen Acosta y Baraldt. López de Gomara confunde, sin duda, esta expedición con la siguiente, y dice que fue en 1502. Pero consideramos que quien está en la verdad de la fecha fue Fr. Pedro Simón, quien dice que Bastidas salió en Enero de 1501 y que pasó por frente de la desembocadura del río Magdalena, el día de la conversión de la Magdalena, que se celebraba en España en la semana anterior á la Semana Santa. Así, pues, como poco se detuvo en las costas de Venezuela, llegaría frente al Magdalena en Marzo.

por todo el litoral de Colombia hasta el golfo de Urabá y parte del Istmo de Panamá. De allí, Bastidas hizo rumbo hacia la Española, en donde el Gobernador de dicha Isla le le puso pleito, el cual ganó el Escribano de Sevilla, y regresó felizmente á España con buen acopio de perlas y de oro.

Pero desde antes de que regresase Bastidas á España, Alonso de Ojeda había obtenido licencia para ir á poblar la Península de la Goajira, descubierta por él dos años antes, y en Enero de 1502 zarpó de Cádiz llevando dos caravelas, y tocando en las costas de tierra firme que ya conocía, de donde arrebató algunos indios que le sirvieron de intérpretes, se dirigió á la Península de la Goajira. En Bahía-honda saltó á tierra y tomó solemnemente posesión del territorio en nombre de los Reyes de España, bautizándolo Santa Cruz.

Desgraciadamente como Ojeda no tuviese dinero suficiente para atender á los gastos de la expedición, había hecho compañía con dos hombres de mala ley, que le proporcionaron lo necesario con la condición de que los llevara consigo. Estos, que se llamaban García de Ocampo y Juan de Vergara (1) pretendieron desde un principio arrebatarse para sí cuanto oro y perlas se conseguían, en tanto que Ojeda les obligaba á que dejaran todo en el fondo común para repartirlo después equitativamente. Las reyertas entre los Jefes fueron envenenándose hasta que Ocampo y Vergara lograron poner de su parte á los subalternos, y éstos, obediendo á las sugerencias de los enemigos de Ojeda, se apoderaron de éste, le encadenaron y le llevaron preso á la Isla Española, en donde le siguieron causa y lo arruinaron completamente.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(Continúa).

(1) Algunos cronistas han dicho que Américo Vespucio también hacía parte de la expedición, pero ésta es una equivocación.